

PANEGYRICO
DE SAN IGNACIO
DE LOYOLA,

PREDICADO EN SAN LUIS,
Iglesia, que fue de Padres Jesuitas, en
presencia de la Reyna, el dia 31.
de Julio de 1679.

*Fuit magnus secundum nomen suum, maxi-
mus in salutem electorum Dei, expugnare
insurgentes hostes.*

Fue grande segun el nombre, que tenia, muy
grande por la salvacion de los escogidos de
Dios, y capaz de vencer quantos enemigos
se levantasen contra él. *En el libro del Ecle-
siastico cap. 46. v. 1. y 2.*

SEÑORA.



ESTOS son los elogios, que Dios hace en
sus escrituras de aquel valiente, y
diestro Capitan, que hizo caer al rui-
do de sus terribes trompetas los mu-
ros de la orgullosa Jericò; que paró
al Sol en su carrera, para que fuese
refugio, y admirador de su victoria; y que contra to-
dos

dos los esfuerzos de tantas enemigas potencias, condu-
xo à Israel hasta la posesion de su herencia: Y estas
son las alabanzas, que en otro tiempo aplicaba un Soberano Pontifice á San Ignacio, quien abrasado de deseo de estender el Reyno de Jesu-Christo, y triunfando del Mundo, y del Infierno, conduxo los escogidos al goze, y posesion de su eterna salud; y cuyos hijos, bajo el nombre, y los auspicios de Jesu-Christo, van à llevar las luces de la fé al uno, y otro Emispherio.

Este es, Señora, el Santo, cuyo elogio pretendo hacer oy dia. La España le vió nacer en el Reynado de vuestros Padres: Crióle la Francia, en que reynais: posee ya el Cielo, à que aspirais; y el espíritu de Dios, que le santificó por la pobreza, y por la humillacion, es el mismo, que à Vos os santifica por la grandeza, y por las riquezas. La gloria de un augusto nacimiento, el esplendor de una brillante corona, no menos atraen sobre V. M. los ojos, y la veneracion de los Pueblos, que las edificativas practicas de una constante, y sólida piedad. Elevada al trono, y casi siempre postrada delante de los Altares, haceis á Jesu-Christo, á quien adorais, los mayores homenajes, y dais á los hombres, que os admiran, los mas grandes exemplos. La grandeza, que ordinariamente sobre mantener el faulto, dà mas libertad á las pasiones, no os sirve, sino para dár mas extension à la virtud, y mas honor à la Religion. Apenas son bastantes los dias enteros al fervor de vuestras oraciones; y ocupada siempre del deseo de ser humilde, y fiel christiana, casi no teneis tiempo de pensar, en que sois Reyna. En estos Sagrados Templos, en donde habitais mas de ordinario, que en vuestros Palacios; ¡què gracias no atraereis sobre vos! ¡Y què prosperidades no alcanzareis para este Reyno! Tantas lagrimas como haveis derramado á los pies de los Altares, han hecho crecer esos laureles tan verdes, y frescos, con que Dios ha coronado al Rey, vuestro

esposo. Vos preparabais por vuestras oraciones las victorias, que él alcanzaba por su valor; y por su prudencia; y echando el Cielo su bendición, à un mismo tiempo à vuestros deseos, y à sus designios, apenas haviais acabado de hacer vuestros votos, quando yà os veíais obligada á darle las gracias.

Y puesto que me hallo en el empeño de hablaros oy de las virtudes, y de la gloria de San Ignacio; lo que pretendo, Señores, es, haceros ver,

I. Qual fue su fervor en su penitencia.

II. Qual fue su zelo por la salvacion del proximo.

III. Qual fue su valor para resistir á los enemigos de la Iglesia.

Pidamos al Espiritu de Dios, que anime nuestro discurso, y que nos haga llegar por su gracia á aquellos acrecentamientos de virtudes, que observamos en este Santo. Vamos, pues, á la Santissima Virgen, diciendola:

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

SEÑORA.

Aunque en todas las conversiones de los pecadores se manifieste la grandeza de parte de Dios, porque estas son obras de su Bondad, y efectos de su Poder; aunque lleguen tambien à ser grandes los hombres, porque llegan á ser amigos de Dios, y se levantan por su gracia sobre todas sus inclinaciones naturales: Con todo eso, Señores, hay almas elegidas, á quienes separa Dios con mayor magnificencia de la corrupcion del mundo; ya sea porque quiere establecer en ellas un fondo mayor de santidad; ya porque las ha destinado à ministerios mas nobles, y las colma de mayores bienes,

por-

porque quiere sacar de ellas mas gloria: O ya sea, en fin, que quiere ponerlos como modelos de perfeccion en algun Orden de su Iglesia. Con estos fines fue la Providencia de Dios, llamando á Ignacio del servicio de los Reyes de la tierra al servicio de Jesu-Christo, y le hizo ver desde los principios, de quanta consecuencia havia de ser su conversion. No os referiré, como en un porfiado combate, tocado mas de la mano de Dios, que herido por las armas de los enemigos, fue derribado, y abatido, para que se reconociese, y se bolviese á levantar, qual otro San Pablo; que fue curado de su herida mortal por mano misma del Principe de los Apostoles, y que consagrandose à Dios en el ardor de su oracion, la tierra tembló, el Cielo se abrió, la casa se commovió hasta los fundamentos, y Dios por señalés tan milagrosas mostró, quan agradable le era su sacrificio. Yo no quiero detenerme sino en el modo de portarse el Santo en el exercicio de la penitencia; que emprendió con prudencia, y que sufrió con valor constante.

No hablo aqui de la prudencia de aquellos penitentes irresolutos, que se ensayan, que se prueban, que se preguntan sin cesar á sí mismos, y se dicen: *¿Si podré yo? ¿Si no podré? ¿Si será tiempo? ¿Si no será tiempo?* y por una circunspeccion, que la carne, y la sangre les inspiran, temiendo siempre exceder sobre lo que pueden sus fuerzas; se quedan muy inferiores á sus obligaciones. Hablo, si, de aquellos penitentes, que entran en el camino de la eterna salud, con una madura deliberacion, sin arrojarse à él por un precipitado fervor; que buscan la verdad, para seguirla; y que previniendo las dificultades, para vencerlas; examinan su conversion, no para diferirla por respetos humanos, sino para asegurarla por medio de serias, y santas reflexiones. De este modo se empeñó San Ignacio en la penitencia. No tuvieron parte en su conversion, ni la ligereza, ni el capricho. Probióse à sí mismo, valióse de todos los socorros, que se pue-

pueden sacar de la razon, y de un buen discurso natural, para desimpresionarse de las preocupaciones, que inspira el mundo á los que le siguen.

¡Que no pueda yo expresaros aqui los impulsos de aquel corazon, á quien la gracia havia comenzado á mover! Quando despues de la toma de una plaza, que havia él defendido á costa de su sangre, recobrandose de una herida mortal, que havia recibido, y hallandose en lugar de los Romances, y las Historias fabulosas, que pedia, la historia de Jesu-Christo, y la de los Santos, comenzó ya à leer con gusto, lo que empezó por diversion! Que no pueda yo deciros, con qué atencion, considerando la vida austera, y laboriosa de aquellos antiguos Anacoretas, reflexionando despues sobre sí mismo, espantado de su valor, y aturdido de su propia cobardía, se decia à sí mismo con admiracion, y en tono de reprehension: *¿Pues no eran ellos de la misma naturaleza, que yo? ¿No soy yo de la misma naturaleza que ellos? ¿Pues por qué no he de hacer yo todo quanto ellos hicieron?* ¡Que no pueda yo hacerlos ver con qué prudencia, y sabiduria, comparando el espíritu del Mundo con el de Dios, distinguiendo las propiedades del uno, y del otro, llegó à conocer, y á sentir, que este mundo puede encantarnos, pero no puede satisfacernos, y que solo Dios debe ser el objeto de nuestros deseos, y nuestro amor!

Despues de las primeras agitaciones de su espíritu, y de los primeros movimientos de su corazon, ilustrado con las luces del Cielo, y fortalecido con una virtud del todo divina, trabajó en su conversion, no como nosotros por alguna reforma exterior, por algunas tibias oraciones, por algun retiro de conveniencia, y por algunos aparentes ejercicios de una piedad superficial; caminó en derechura hasta llegar á la mudanza del corazon, y hasta el entero trastornamiento de sus dominantes pasiones; entró à juicio consigo mismo, vió su corazon

lle-

lleno del espíritu del mundo, de las locas ideas de una falsa gloria, y de una vana ambicion: Emprendió con valor ahogar en sí mismo todos los movimientos del orgullo, y del amor propio. A este hombre, que por conservar todo su aseo, su buen ayre, y su gallardia havia sufrido las mayores mortificaciones, se le vió ceñir su cuerpo con una cadena de hierro, no tener mas vestido, que un silicio, cubrirse de un paño burdo; y haciendose despreciable en toda su persona, ocultar bajo un ayre rustico, y de unas groserías afectadas aquel ayre noble, y grande, que se dejaba conocer en su rostro: A este hombre, que por su altivez natural queria elevarse sobre todos los otros, y hacerse independiente, se le vió mendigar su sustento de puerta en puerta, servir á los enfermos en los Hospitales, y sufrir, sin quejarse, las sátiras, y los ultrages de los libertinos: A este hombre, que tenia una pasion tan grande de aventajarse á todos, se le vió trastornar en un momento todos aquellos grandes proyectos de fortuna, y no reconocer otra cosa por grande sino el desprecio de las grandezas humanas, su vida toda fue una larga, y severa penitencia. Ayunar todos los dias rigurosamente, emplear siete horas en la oracion, castigar asperamente su cuerpo tres veces al dia, no dár apenas sino alguna hora de sueño interrumpido á la necesidad de la naturaleza; ved aqui, qual fue el fervor, y la austeridad de Ignacio.

No obstante, Señores, no os figureis una penitencia sin consolacion, y sin dulzuras interiores. Dios derramaba sus unciones, y sus gracias sobre sus cruces; y la caridad, que lo sufre todo, endulzaba todos sus trabajos. ¡Quién pudiera descubrirnos aqui los mas ocultos sentimientos de su corazon, y correr el velo, que cubria este santuario! Veriais la tranquilidad de su alma, la pureza de su conciencia, lo profundo de su humildad, la sinceridad de su penitencia, y el ardor de su caridad.

Tom. 2

O

Quan

¡Quantas veces, elevandose sobre sí mismo, exclamó diciendo: *Ab Señor! ¡si los hombres os llegasen à conocer!* Quantas veces, movido del dolor de los pecados, que havia cometido, y excitandose al reconocimiento por las gracias, que havia recibido, decia: *¿Y hay mayor prueba, que yo, de la miseria del hombre? ¿Ni hay mayor prueba, que yo, de la misericordia de Dios?* Quantas veces, exhalando en suspiros el fuego del amor divino, que le arrobaba; *Señor*, bolvia à decir, *yo no pido mas gracia, que amaros, ni otra recompensa, que amaros mas, y mas.* Ved aqui qual era el motivo de su penitencia. Yà no le movian sus propios intereses; y en las austeridades de su vida, en lugar de pensar en satisfacer las penas, que havia merecido, no pensaba sino en reparar la injuria, que havia hecho à la Magestad Divina.

Sobre este principio de la caridad, y de la mayor gloria de Dios empezó à formar Ignacio aquella santa vida. Si recibe sensibles consolaciones, su alegría aumenta su fervor: Si se halla en las arideces, y en las sequedades de espíritu, su temor redobla su exactitud: Si se oculta à los ojos de los hombres, es, para darse enteramente à Dios: Si se manifiesta por sus buenas obras, es, para que sea glorificado el Padre Celestial, que està en los Cielos: Si emprende un largo, y penoso viaje à la tierra Santa, es, para besar las huellas, y pisadas de Jesu-Christo, para renacer con èl en su pesebre de Belen, para sepultarse con èl en su sepulcro, para morir de amor al pie de su Cruz. Y asi, nada le pareció difícil, con tal que pudiese adelantar la gloria de Dios.

Esta es la razon, porque queriendo consagrarse al ministerio Evangelico, y obligar por voto à sus compañeros, à que le siguiesen en un tan glorioso designio, entre tantos lugares de piedad como consagran esta Corté, eligió la Capilla de Montmartre, para echar los pri-

primeros cimientos de un Orden, que havia de ser tan útil, y con todo eso tan perseguida, sobre el sepulcro, y digamoslo asi à la vista del primer Martyr, y del primer Apostol de la Francia. Sabemos nosotros por San Cyrilo Alexandrino, que en aquellos felices siglos del fervor, y de la disciplina de los christianos, era costumbre instruir à los Cathecumenos en los Cementerios de los Martyres, para que oyendo lo que deseaban saber, viesesen al mismo tiempo à qué debian estar expuestos, antes de obligarse à ello. Representaos conmigo à uno de aquellos sabios Cathequistas. Este decia à sus Discipulos, que Jesu-Christo havia muerto por los hombres, y les mostraba al mismo tiempo, que tambien havia hombres, que havian muerto por Jesu-Christo.

Enseñabales, que Jesu-Christo havia llevado su Cruz, y les mostraba por los exemplos, que cada uno para salvarse debia llevar la suya. Movia sus animos tanto por la grandeza de los mysterios, como por el espectáculo de los Martyres, para que aprendiendo por una parte lo que era necesario creer acerca de Jesu-Christo, y por otra lo que era necesario sufrir por èl, fuese ilustrado su entendimiento con las luces de la fé, que se les havia explicado; y su valor fuese animado de las imagenes de constancia, que se les acababa de representar.

Tal fue la funcion, y el empleo de San Ignacio en medio de aquel pequeño rebaño de fieles, que Dios havia elegido para resistir à la corrupcion general de estos ultimos siglos. Mé parece, que estoy viendo, y que ya oygo à este nuevo Patriarca decirles con una voz firme, llena de seguridad, y confianza: Hermanos míos, nosotros meditamos una grande empresa; pero hay cosa alguna demasiado grande hecha por Jesu-Christo? Serémos el oprobrio del mundo, es verdad; pero tambien lo fueron los Apostoles. Pondránse muchos impedimentos à nuestro designio; pero la contradicion es el caracter

de las obras de Dios. Si el Cielo está por nosotros, ¿quién podrá dañarnos? Con tal que la fé de Jesu-Christo sea anunciada, ¿qué importa, que esto sea por medio de la reputacion, ó por la infamia de los que la predicán? Dichoso aquel de nosotros, que pudiese servir á Jesu-Christo con sus trabajos, y mucho mas dichoso aquel que entre nosotros pudiese derramar su sangre por Jesu-Christo! Al oír estas palabras, me parece, que veo aquella tropa fiel besar las reliquias del Santo Martyr, caminar con respeto sobre aquella tierra teñida todavia con su sangre, y animarse unos á otros á la paciencia. Salió, pues, de aquel sepulcro un espíritu de fortaleza, y de constancia, que los animó contra todos los temores, y peligros de este Mundo; y de esta manera aquella su Compañía, que debia crecer, como la Iglesia, por las persecuciones, y por los sufrimientos, nació en el templo, y digamoslo así, en el sepulcro de los Martyres.

Desde entonces sus discursos no se dirigieron mas que contra la vanidad de las cosas humanas, y contra la ceguédad de los hombres del Mundo. Para él todo fue bueno, una extrema pobreza, continuas enfermedades, infidelidades de los amigos, emboscadas de los enemigos, falsas acusaciones, odios mal fundados, y prisiones injustas. Como una víctima de la caridad destinada á la paciencia, sufrió por Dios, porque le amaba; siempre agitado, y siempre sumiso; siempre perseguido, y siempre tranquilo en sí mismo. Este desapego de las cosas del Mundo le havia hecho dueño absoluto de todas las potencias de su alma. En otro tiempo los Philosophos hacian consistir toda su ciencia en el conocimiento de sí mismos, y muy contentos con ver sus defectos, sin procurar corregirlos, se detenian en aquella vana especulacion, de donde no podian sacar mas, que la triste ventaja de conocerse miserables.

Pero no se contenta la mayor parte de los christianos con tener en la imaginacion algunas débiles impresiones de una fé languida, ó muerta; como si fuese bastante, no ignorar sus obligaciones, sin cumplirlas; y saber, que hay pasiones, sin trabajar en combatirías? Mas Ignacio no puso su perfeccion solo en conocerse, sino tambien en vencerse á sí mismo. Sabia, que el Reyno de los Cielos no se dará en posesion sino á los que se hacen violencia. Repetíase continuamente á sí mismo estas palabras, que eran como un compendio de todas sus obligaciones, y de toda su perfeccion: *Vencete valerosamente á tí mismo*. De este modo, renunciando todos los bienes de la fortuna, el amor de su Pais, y de sus parientes, todo placer sensual, toda estimacion de sí mismo, toda propia voluntad, y todo quanto puede satisfacer las pasiones de los hombres, no pensó mas, que en servir á Dios, y procurar la salvacion de las almas. Esta es mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

SI es verdad, que la salud eterna del hombre consiste en la gloria de Dios, que lo salva; y que el fin, y el fruto de los trabajos de Jesu-Christo ha sido santificar á sus escogidos por la verdad, y conducirlos por su espíritu, y por su gracia al Reyno de su Padre; ¡quan culpables son aquellos, que ocultandose dentro de sí mismos, y prefiriendo á un trabajo util, y provechoso un retiro muy apacible, retienen para sí los dones, que han recibido para los otros, y con el pretexto de pensar en su propia salvacion, viven en una indiferencia criminal, y delincente en quanto á la de sus hermanos! Pero, y quanta gloria merecen aquellos, que juntando el ardor de su zelo al de la ciencia, y de la sabiduría, constituyen su perfeccion en perfeccionar á los otros; y ganando almas para Jesu-Christo, trabajan en salvar la suya. La Escritura nos

nos enseña unas veces, que estos brillarán como Astros en la eternidad; (a) Otras, que habiendo sido los Ministros de Jesu-Christo, estarán sentados con él sobre tronos, quando venga á juzgar al Mundo en su Magestad. (b)

Este es el carácter, y esta es la gloria del Santo, de quien os predico este dia. Jamás hubo corazon inflamado de caridad mas viva, mas constante, ni mas universal. Jamás se vió espíritu mas fertil en medios de atraer los hombres á Dios. ¿Quantas veces, para apaciguar las iras del Cielo, se ofreció á sufrir la pena del pecado de otros, y hacerse anathema por sus hermanos? ¿Quantas veces por sus ardientes votos, y por sus eficaces oraciones hizo llover los celestiales riegos sobre almas estériles, y secas? ¿Quantas veces, valiendose de santas astucias, como de otros tantos inocentes lazos, atraxo á corazones extraviados á los caminos de la penitencia? ¿Qué no pueda yo representarosle en el rigor del Invierno en un Estanque helado, por donde havia de pasar un pecador, á quien inutilmente havia exortado á que dejase una ocasion proxima; y de este modo dejarle asombrado con la fuerza de su palabra, y con el imprevisto espectáculo de la pena, que padecia por él! Avergonzarle del pecado, que iba á cometer, ó mostrarle la penitencia, que debia hacer! ¿Qué no pueda yo representarosle confesando sus pecados pasados, y derramando lagrimas á los pies de un Sacerdote escandaloso, para excitar en él motivos de conversion, y remordimientos en su conciencia! Echó Dios la bendicion á su designio: pasó la compuncion del penitente al Alma del Confesor: El Juez acusandose á sí mismo, bajó de su Tribunal, para ocupar el lugar del Reo; y puestó el Sacerdote á los pies del Lego, tocado del dolor de ha-

(a) Dan. 12. v. 3. (b) Matth. 19. v. 28.

haber violado la pureza de su Sacerdocio, y no atreviendose á exercer las funciones de su ministerio, se impuso á sí mismo la penitencia, que Ignacio le pedia para sí; y en lugar de decir: Yo te absuelvo; le dixo mil veces: Yo me acuso, yo me condeno.

Pero sin detenerme en estas acciones particulares; ¿Qué frutos no sacó con sus ejercicios espirituales, obra, que tantos Santos han alabado, y que ha producido tantos Santos! Allí es, donde juntando á las luces del Espíritu de Dios sus reflexiones, y sus experiencias, y descubriendo al hombre la malicia del pecado, la dignidad de su fin, y el reconocimiento, que debe á Dios, conduce á un christiano á la perfeccion de su estado por una larga serie de verdades eternas, como por otros tantos grados. Allí es, donde por medio de consideraciones capaces de convencer el espíritu, y de mover el corazon, enseña á reprimir sus pasiones, y á desprenderse de las criaturas, para unirse al Criador. Allí, en fin, es, donde reduciendo á arte, y metodo la ciencia de la salvacion, enseña á los otros á convertirse como él, y á practicar las virtudes, que él ha practicado.

El suceso ha correspondido á las intenciones, y á los deseos, que tenia de atraer á los pecadores á la penitencia: Y ya se han visto, al salir de un retiro de muchos dias, á hombres impios reparar los escandalos que havian dado, y llegar á ser los defensores de la religion, que havian menospreciado: Avarientos, que no solamente restituyeron la hacienda mal adquirida, sino que tambien se despojaron de su legitima: Sabios, que renunciaron toda la gloria del ingenio, por no saber mas, que á Jesu-Christo crucificado: Damas mundanas, unas consagrarse en los Hospitales á los mas viles ministerios de la caridad christiana; otras retirarse á las mas austeras soledades, para cubrir con un velo una belleza, de quien eran idolatras, y para expiar por medio de continuas austeridades la vanidad de su vida pasada. Pluguiera al Cielo, que

que el uso de estas meditaciones, y de estos retiros fuese el día de oy mas frecuente! Verianse menos injusticias en los juicios, menos murmuracion en las conversaciones, menos luxo en los vestidos, menos dudas en materias de fé, y menos tibieza en los exercicios de la Religion.

Pero esta no fue mas, que una primera prueba del zelo de San Ignacio. Llamado de Dios al ministerio de la predicacion, y sabiendo, que asi como la ciencia sin la caridad produce orgullo, al modo la caridad sin la ciencia suele caer algunas veces en el error, emprendió á la edad de treinta años estudiar los primeros principios de las letras humanas, y bolver á hacerse niño por Jesu Christo, y aplicar á aquellos dificultosos, y bajos conocimientos un espiritu criado antes en la ociosidad de la Corte, ó en el exercicio de las armas, y despues en la dulzura de la oracion, y en la contemplacion de las cosas celestiales. En vano trabajó el espiritu del error, para hacerle concebir á las letras humanas, como á vano entretenimiento de una inutil, y ociosa juventud; como un trabajo ingrato, que fatiga el espiritu, y el corazon; y como una triste ocupacion, que ha dado Dios á los hijos de los hombres, para castigar su curiosidad por la pena que les cuesta el satisfacerla. En vano le inspiró, que havia nacido para mayores empresas, que hurtaba á la oracion el tiempo, que empleaba en aquellos infructuosos estudios; y que despues, que Jesu-Christo le havia revelado sus verdades, no debia tener mas, que á él solo por Maestro. Descubrió Ignacio estos artificios, parandose menos en lo que hacia, que en el uso, que queria hacer de ello, esperando, que algun día cogeria con placer lo que sembraba con tanta fatiga; dividiendose entre el estudio, y la oracion, y dejando de este modo á Dios por Dios, consideraba esta penosa ocupacion, como un medio de santificarse por la paciencia, y por la humildad, y de santificar algun día al proximo, por la caridad, y por la ciencia.

No creais, Señores, que entrase algun respeto humano á la parte de esta generosa resolucion. ¡O, y quan distante estaba de la vanidad de aquellos, que movidos mas de su propria reputacion, que del deseo de servir á la Iglesia, estudian por hacerse dichosos, y no para hacerse utiles; y parece que no aprenden á hablar de Dios, sino para hacer, que hablen de sí mismos! Su fin no fue otro en todo el curso de sus estudios, que el de la salvacion de las almas. Hasta en el mismo polvo de las Escuelas halló medio de satisfacer su zelo, ganando niños para Jesu-Christo. Bajo el pretexto de tomar con ellos las mismas lecciones, les daba él las mas importantes; haciendose su compañero, llegaba á ser su Maestro, en la vida espiritual; y luego que estuvo un poco adelantado, ¡qué cuidado no puso en discernir á aquellos que podian ayudarle en el cumplimiento de la obra de Dios, que meditaba en su espiritu, y que tan gloriosamente havia de executar!

Mas ¿por qué me detengo yo en estos primeros principios? Veamos quales fueron en adelante los impulsos, y movimientos de este corazon Apostolico. Dos virtudes hay (segun San Bernardo) que hacen al hombre util al proximo, es á saber: El zelo, y la prudencia; el zelo, que anima todas las virtudes christianas, y las impide hacerse delicadas, y languidas; la prudencia, que las contiene en su orden, y las impide salir fuera de sus limites. El zelo por sí solo se deja llevar á peligrosos extremos. Muchas veces exaspera al que sería necesario atraer con dulzura; hace fogosos á los que no convendria sino templarlos, y abrasa á los que no sería necesario mas que calentar, y haciendo pesado el yugo del Señor, hacen tambien regularmente odiosa la Ley de Dios á aquellos, á quienes convendria trabajar en hacerse la amable. La prudencia sola es demasiado circunspecta, y demasiado contenida: Contentase muchas veces con gemir, quando era necesario obrar con eficacia: